

## **POBLAMIENTO PRERROMANO Y ROMANIZACIÓN: UN EJEMPLO EN TORNO A TALAVÁN (CÁCERES)**

Francisco Javier HERAS MORA,  
Víctor Manuel CÁCERES CAMPÓN y María Nieves CALDERÓN FRAILE

*Universidad de Extremadura*

Juan GIL MONTES

*Instituto de Enseñanza Secundaria "El Brocense". Cáceres*

### **Resumen**

A partir de prospecciones superficiales y referencias antiguas, hemos podido reunir un significativo conjunto de elementos de diversa naturaleza e indudable interés para comprender mejor algunas de las facetas que caracterizarían el fenómeno de la romanización, especialmente para un sector determinado del centro de la provincia de Cáceres. Poblados fortificados de la Segunda Edad del Hierro y hábitats en llano de época romana, escultura prerromana y epigrafía e iconografía latinas son argumentos para defender un balance complejo en el ámbito del territorio, la sociedad, creencias y cultura en torno al cambio de Era.

*Palabras clave:* Arqueología, Edad del Hierro, poblamiento prerromano, romanización, Talaván (Cáceres).

### **Abstract**

From superficial survey and old references, we have managed to collect a significant group of elements of various types and unquestionable interest to understand, in a better way, some of the facets which characterize the event of Romanization, especially for a certain sector in the centre of the province of Cáceres. Fortified settlements of the Second Iron Age and settlements in flat lands from Roman times, Pre-roman sculptures and Latin iconographies are some arguments to defend a complex balance in the area of territory, the society, beliefs and culture around the change of Age.

*Keywords:* Archaeology, Iron Age, Preroman landscape, romanization, Talaván (Cáceres, Spain).

## **1. INTRODUCCIÓN**

Los estudios acerca de los procesos de cambio hacia el mundo plenamente romano han constituido un importante referente en la investigación casi desde su comienzo, abordados desde la perspectiva tanto de la Historia Antigua como de la Arqueología. Parece evidente, en cambio, que este fenómeno se encuentre en nuestros días en plena fase de revisión, como

ocurre con la mayoría de los llamados períodos y fases de transición o transformación, cuyos estudios giran entorno a los elementos materiales, epigrafía, etc. (Salinas de Frías, 1981; Salinas de Frías y Rodríguez Cortés, 2000; Francisco Martín, 1996; 1996). Con frecuencia se ponen en cuarentena las conclusiones históricas basadas casi únicamente en las fuentes clásicas, que como se ha comprobado en repetidas ocasiones han coartado en gran medida la realidad de los hechos que narran. La endémica escasez de documentos arqueológicos recogidos de una manera crítica, unidos a una falta de conocimiento de contextos bien definidos para estos momentos, han obligado a conceder mayor protagonismo a los muchas veces ambiguos textos antiguos. Los argumentos que se contemplan en los nuevos enfoques del problema no son muy diferentes de los que han sido considerados hasta ahora; sin embargo la irrupción de ingentes volúmenes de información procedentes de las nuevas excavaciones y de otras técnicas arqueológicas han venido a modificar sensiblemente los planteamientos, muchos de ellos aún válidos.

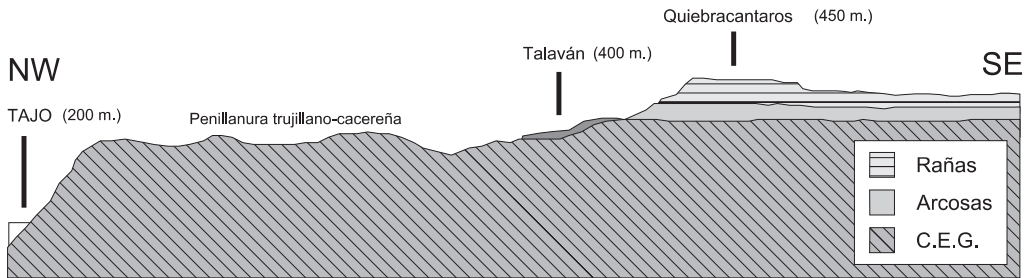
A pesar de que las intervenciones sobre determinados yacimientos de la provincia de Cáceres han permitido recoger un gran número de datos (sobre todo acerca del urbanismo, la economía, la sociedad o el ritual) aún son insuficientes para analizar los diferentes procesos o transformaciones ocurridas durante su vigencia. Ciertamente es escaso el conocimiento que se tiene de los rasgos materiales que caracterizaron la romanización de los territorios, o los hábitats surgidos en la etapa prerromana: reordenación urbanística, incorporación de nuevos tipos cerámicos y numismáticos, etcétera.

En ciertos aspectos de naturaleza arqueológica tomados (o retomados) en un pequeño área, quizás representativo de una parte de la realidad para la occidental provincia de la Lusitania, queremos rastrear los argumentos arqueológicos que hoy vemos como signos de identificación de una parte de estos cambios. La coincidencia casual de una serie de elementos de distinta entidad en un entorno geográfico determinado nos va a servir como excusa para hablar de Romanización. Quebracántaros y El Castillo de la Torrecilla constituyen dos ejemplos de hábitat prerromano del occidente peninsular: espacios cerrados con buenas condiciones naturales para una defensa frecuentemente reforzada mediante la construcción de complejos sistemas artificiales (murallas, torres, fosos, etc.). Otro yacimiento, Los Villares constituiría el asentamiento en llano de época romana erigido para la explotación de unos recursos agropecuarios. Desde la vigencia de los primeros, castros, a la fundación del segundo, no cabe duda que un proceso de cambio de diversa índole ha actuado sobre la evolución de las propias estructuras de las comunidades. Valga entonces el análisis del entorno de Talaván (Cáceres), en donde los yacimientos a que hacemos referencia constituyen una parte del paisaje, para contribuir a la comprensión de los acontecimientos y transformaciones ocurridas alrededor del cambio de Era.

Como base para el conocimiento del entorno físico inmediato de Talaván, y muy particularmente del solar en que se asienta el yacimiento prerromano de Quebracántaros, hemos querido aportar algunas de las características más sobresalientes de su geomorfología. El substrato geológico del área se encuentra condicionado por la presencia de dos tipos de materiales de características muy diferentes:

Por un lado, materiales pizarrosos de Edad Precámbrica: pizarras y grauwacas pertenecientes al denominado Complejo Esquisto-Grauwáquico (C.E.G.) de la penillanura trujillano-cacereña, unidad geológica que caracteriza gran parte de la provincia; su disposición es próxima a la vertical, constituyendo pliegues muy apretados de orientación NW-SE. Superficialmente se encuentran alterados y forman un relieve penioplanado cuyas altitudes máximas se aproximan a los 400 metros. En ellos se encaja profundamente la red fluvial subsidiaria del río Tajo con una diferencia de cotas de unos 200 metros.

FIGURA 1  
ESQUEMA GEOLÓGICO DEL ENTORNO DE TALAVÁN (CÁCERES).



El casco urbano de Talaván se emplaza sobre estos materiales que han sido utilizados en los edificios más antiguos del pueblo así como en las construcciones de época prerromana de las que hablaremos<sup>1</sup>.

En segundo lugar, materiales detríticos de Edad Terciaria, cuyo afloramiento se extiende por la zona sureste de Talaván, prolongándose hacia Torrejón el Rubio y Monroy. Se distinguen dos unidades superpuestas de muro a techo, las *arcosas miocenas* o arenas de grano grueso con abundantes lechos de gravas cuarcíticas muy permeables, dispuestas en capas horizontales sobre el C.E.G. con una potencia de unos 50 metros, y las *rañas* o materiales detríticos groseros de Edad Pliocuaternaria, constituidos por unos 3 m de cantos redondeados de cuarzos y cuarcitas unidos por una matriz areno-arcillosa rojiza que les suministra también una cierta permeabilidad y que conforman un relieve amesetado con extensas plataformas en las que la red fluvial se encaja con facilidad y, en este caso, conforman la base del asentamiento de Quiebracántaros.

Al margen de estos aspectos, básicamente geomorfológicos, hemos de advertir que las características texturales de los materiales descritos influyen de forma decisiva en la circulación de las aguas subterráneas, que creemos imprescindibles para los asentamientos del actual casco urbano y del poblado de Quiebracántaros situado en sus proximidades. Esta provisión de agua cobra mayor relevancia si se tiene en cuenta la escasez y poca regularidad de los cursos superficiales disponibles para el suministro de la población. En la ladera oeste del cerro donde se ubica el castro, la Fuente de la Madrila constituye uno de esos puntos de drenaje y abastecimiento. Con un caudal medio de 2 l/seg, esta surgencia recoge las filtraciones de lluvia a través de las capas arenosas de la plataforma terciaria, y finalmente aflora el agua en la ladera sobre el substrato impermeable del C.E.G.<sup>2</sup>.

## 2. QUIEBRACÁNTAROS (TALAVÁN, CÁCERES)

La primera vez que se menciona una posible ocupación de época prerromana en torno a la cacereña localidad de Talaván es en la conocida compilación de Tomás López (1798); donde

<sup>1</sup> Las grauwacas son areniscas silíceas especialmente duras y resistentes que afloran en grandes bloques alargados ("dientes de perro") limitados por los planos de esquistosidad, lo que les confiere buenas condiciones para su empleo como material de construcción.

<sup>2</sup> Probablemente este sistema de aprovisionamiento de agua fuera complementado por pozos excavados hasta alcanzar el nivel arenoso mioceno; prueba de ello podría ser el gran pozo-charca localizado en la misma cima del cerro en que se ubica el poblado prerromano.

se alude a un asentamiento, al parecer fortificado, en las inmediaciones del casco urbano; en la descripción de que se hace eco se cita la existencia de restos del sistema defensivo, al menos una muralla y los correspondientes fosos (Barrientos Alfageme, 1991: 405).

En la actualidad son muy escasas las evidencias de tipo constructivo que se conservan; de lo que pudo en su día haber formado parte del perímetro amurallado del asentamiento prerromano, apenas quedan breves tramos de muros insertados en los bancales de época moderna. Algunas diferencias en la factura de unos u otros paramentos parecen indicar dos momentos bien distantes en su morfología: ligero ataludamiento de la cara externa del muro, cierta regularidad en el tamaño y colocación de los bloques de grawacas, frente al aparente descuido que muestran las estructuras más recientes (Lám. I). Relacionado con un segmento del recorrido de estos muros parece reconocerse un surco paralelo, con probabilidad los fosos aludidos que pudieron formar parte del complejo defensivo del hábitat encastrado.

Quizás el aspecto más interesante o resolutivo lo constituyan los materiales arqueológicos recogidos en superficie; entre ellos, el grupo mayoritario lo integran las cerámicas, aunque también se identificaron algunos fragmentos de molinos circulares de granito y frecuentes escorias de fundición. A grandes rasgos, se reconocieron diversos fragmentos de borde, fondo y pared cerámicos correspondientes a pequeñas vasijas, urnas u ollas, lisas y decoradas (impresas y pintadas) que se podrían encuadrar sin dificultad en el Hierro Pleno y Final; junto a éstos, y entre el resto del material recogido también se hallaron diversos fragmentos de *anforae* y *dolia* de tipología romana, así como de un recipiente de barniz negro.

En un primer grupo se han individualizado pequeñas vasijas o urnas, que constituyen uno de los conjuntos más numerosos de cuantos se han recogido en el lugar, y comparten ciertas

LÁMINA I  
TRAMO DE MURO CORRESPONDIENTE A UNA PARTE DE LA FORTIFICACIÓN  
DE QUIEBRACÁNTAROS.



características técnicas como su factura a torno, pastas depuradas y cocción en atmósferas oxidantes, con superficies anaranjadas o rojizas (Fig. 2). Se trata en la mayor parte de las ocasiones de bordes exvasados y vueltos o de sección triangular; otras veces lo que se ha identificado son restos de fondos, fácilmente reconocibles por su forma, rehundidos (umbo) e indicando el inicio del pie, igualmente realizados a torno, con pastas anaranjadas, bien depuradas y con superficies alisadas (cuando se conservan). La mayoría de los casos ofrece un aspecto de cuidada realización, con desgrasantes de minúsculo tamaño y naturaleza principalmente caliza, y cocciones uniformes.

Un destacado porcentaje de estos fragmentos presenta evidencias de pintura; al margen de aquellos en que los restos pictóricos se encuentran prácticamente perdidos, es posible destacar unos motivos siempre de carácter geométrico, ya sean simples bandas en el borde o labio, o composiciones más complejas de segmentos de círculos concéntricos o semicírculos asociados a bandas horizontales (Fig. 3). En parte debido a la naturaleza de la muestra analizada por ser material recogido en superficie y, por tanto, expuesto a los agentes de degradación mecánicos y atmosféricos, el estado de conservación de los pigmentos ciertamente deja mucho que desear, si bien es cierto que el deterioro no ha sido en modo alguno uniforme entre ellos. No obstante se puede apreciar una cierta variedad en los tonos empleados que, sin salir de la monocromía, se mueven entre el rojo y una breve gama de marrones-rojizos.

La morfología de bordes y fondos junto con los modelos decorativos pintados apreciables en una gran parte del conjunto de las urnas, nos permiten centrar los esfuerzos en hallar paralelos o vinculaciones culturales. En este sentido hemos de hacer notar que unos y otros

FIGURA 2  
CERÁMICA DE SUPERFICIE PROCEDENTE DEL YACIMIENTO  
DE QUIEBRACÁNTAROS.

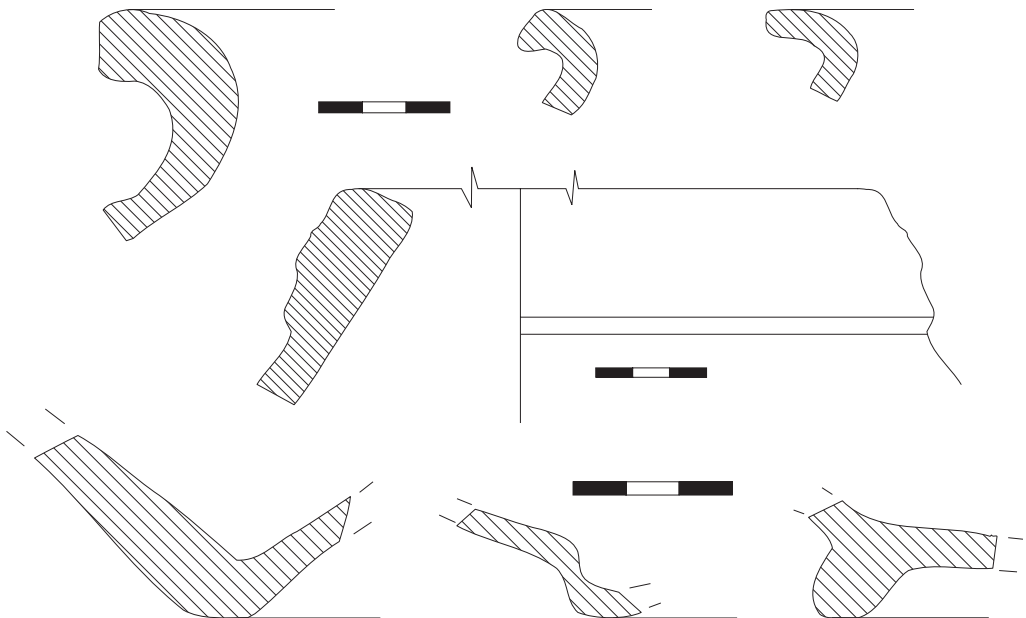
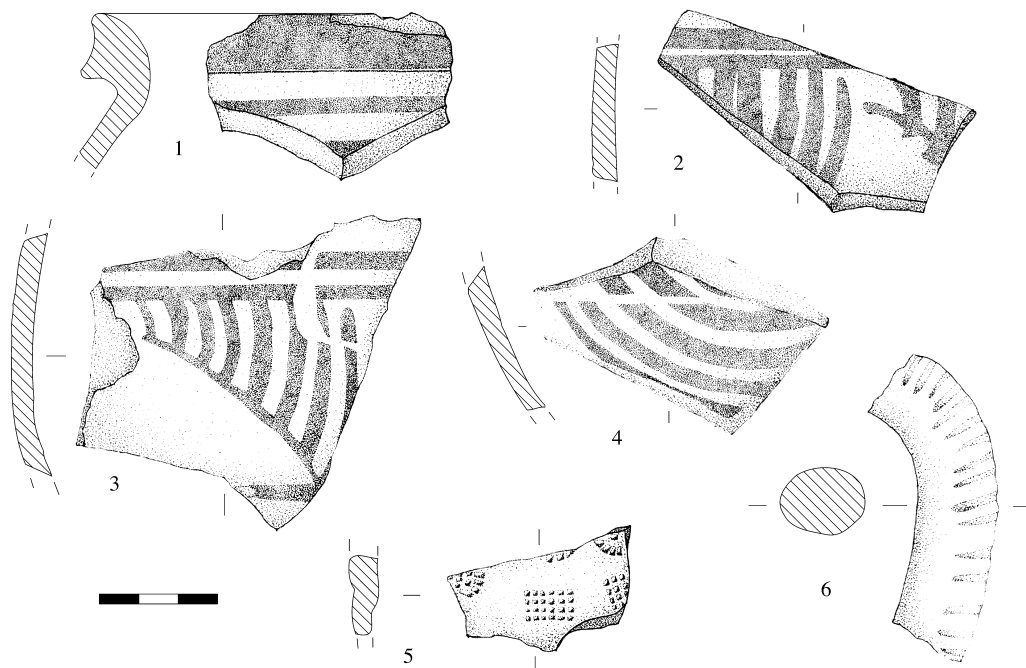


FIGURA 3  
CERÁMICA DECORADA (1-4 PINTADA, 5 IMPRESA O ESTAMPILLADA Y 6 INCISA) DEL YACIMIENTO DE QUIEBRACÁNTAROS.



nos remiten a clasificaciones cerámicas del área ibérica y meridional. Aparentemente, los bordes exvasados o salientes y vueltos, muchos de ellos de sección tendente al triángulo, recuerdan modelos conocidos del ámbito levantino o de la cuenca del Guadalquivir (Cuadrado, 1987; Pellicer, 1983; Escacena, 1986; Pereira, 1988; Vaquerizo, 1988-89), con calidades y cualidades técnicas muy similares a los tipos que se repiten en nuestro lote cerámico.

Estas formas, junto con sus características decoraciones pintadas, denominadas genéricamente “cerámica ibérica”, constituyen un modelo que con frecuencia se repite en el ámbito extremeño. Urnas y vasijas globulares, de perfil bitroncocónico o sinuoso, decoradas con motivos geométricos de bandas y semicírculos o segmentos de círculo concéntricos, forman un conjunto tipológico ampliamente representado en los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro de la provincia de Badajoz<sup>3</sup>. En la de Cáceres, están igualmente representados en la mayoría de los yacimientos excavados o prospectados<sup>4</sup>. No obstante, para los ejemplares pintados, en algún estudio sobre este tipo cerámico se ha puesto de manifiesto la heterogeneidad en los ín-

<sup>3</sup> Los Castillejos II de Fuente de Cantos (Fernández Corrales *et al.*, 1988; Fernández Corrales y Rodríguez Díaz, 1989), Las Dehesillas de Higuera de Llerena (Rodríguez Díaz e Iñesta Mena, 1985); Medellín (Almagro Gorbea y Martín Bravo, 1994), Alcazaba de Badajoz (Berrocal, 1994), Tabla de las Cañas de Capilla (Domínguez de la Concha y García Blanco, 1992), Ermita de Belén de Zafra (Rodríguez Díaz *et al.*, 1990), Hornachuelos de Ribera del Fresno (Rodríguez Díaz y Jiménez Ávila, 1988), etcétera.

<sup>4</sup> Muy especialmente están presentes en Villasviejas del Tamuja en Botija (Hernández *et al.*, 1989; Hernández y Galán, 1996), también en La Coraja de Aldeacentenera (Redondo *et al.*, 1988, Esteban Ortega, 1993), ya en menor medida, El Jardinero en Valencia de Alcántara (Bueno *et al.*, 1988), y otros.

lices de aparición en los castros cacereños excavados en los últimos años (Cabello Caja, 1991), salvedad que parece haberse confirmado en los trabajos de prospección de Ana Martín Bravo (1999: 238). Este hecho supone que para las comarcas más occidentales, la cerámica ibérica pintada se encuentra poco menos que ausente, incrementando su presencia conforme nos desplazamos hacia el este de la provincia. La respuesta a este desequilibrio se ha querido buscar en el ámbito de las relaciones étnico-culturales presentes en el mundo prerromano peninsular (Cabello Caja, 1991: 114).

Por otro lado, se ha de presuponer que el único fragmento con decoración impresa o de estampillas, responde igualmente al grupo de las urnas, con el que comparte su factura a torno, cocción oxidante y la depuración de sus pastas. Pueden reconocerse dos motivos diferentes, de forma rectangular, integrado por series de puntos cuadrados, y elementos circulares [Fig. 3 (5)].

Este tipo, como sucede con la ibérica pintada, se encuentra con frecuencia formando parte de los depósitos materiales obtenidos en la mayor parte de los yacimientos de la región, extensible sin dificultad a todo el ámbito occidental de la Meseta, y muy particularmente al área portuguesa donde cuenta con los ya clásicos estudios de carácter tipológico y cultural de Arnaud y Gamito para la Cabeça de Vaiamonte y Monforte (1974-77).

A diferencia de las decoraciones pintadas, las estampillas son empleadas en la ornamentación tanto de vasijas realizadas a torno como a mano, dando lugar a una variedad de motivos y composiciones de gran riqueza. En los castros del área cacereña, suponen de todos modos una técnica decorativa considerablemente menos empleada, y en ocasiones combinada con la pintura (Cabello Caja, 1991:104). Son reconocibles en el castro de Villasviejas del Tamuja (Hernández y otras, 1989) y sobre todo en el poblado y la necrópolis de La Coraja (Redondo *et al.*, 1988; Esteban Ortega, 1993; Heras Mora, 2000), además de en un considerable porcentaje de los castros prospectados<sup>5</sup> por A. Martín Bravo (1999). En cuanto a sus cronologías, éstas podrían situarse a partir siglo IV a.n.e., variando motivos y tamaños a lo largo de los siglos siguientes.

Los fragmentos de cuencos, también presentes, muy rodados y de pequeño tamaño, muestran pastas depuradas, factura a torno y cocciones oxidantes o reductoras con superficies de tonalidades anaranjadas y grises, respectivamente. Hasta el momento no se ha detectado ningún fragmento de cuenco o plato con huellas de haber estado pintado. De todos modos no descartamos que en origen algunos de los ejemplares identificados pudieran haber tenido algún tipo de decoración.

Al margen de estos dos tipos cerámicos, entre la muestra recogida en el yacimiento figuran abundantes fragmentos de cuerpo, fondos y bordes correspondientes muy probablemente a grandes ollas o recipientes de almacén. Sus formas y cualidades técnicas difieren en gran medida de los tipos descritos con anterioridad: pastas poco decantadas o con abundante grano grueso (de hasta 2-3 mm), cocción oxidante y un tratamiento de las superficies poco cuidado, con gran probabilidad alisadas. En definitiva, su carácter evidentemente más tosco junto con el considerable mayor espesor de las paredes y tamaño de los fondos y embocaduras, nos inducen a pensar que se traten de restos de recipientes de almacén o de grandes ollas.

A diferencia del grupo anterior hemos de reconocer que estos elementos carecen de sistematizaciones, no contribuyendo en nada la falta de fragmentos más completos o de decoraciones que nos puedan orientar acerca de su uso real, origen y cronología. No ocurre lo mismo con los recipientes de almacén del tipo *anfora*, que nos hablan sin dificultad de contextos de

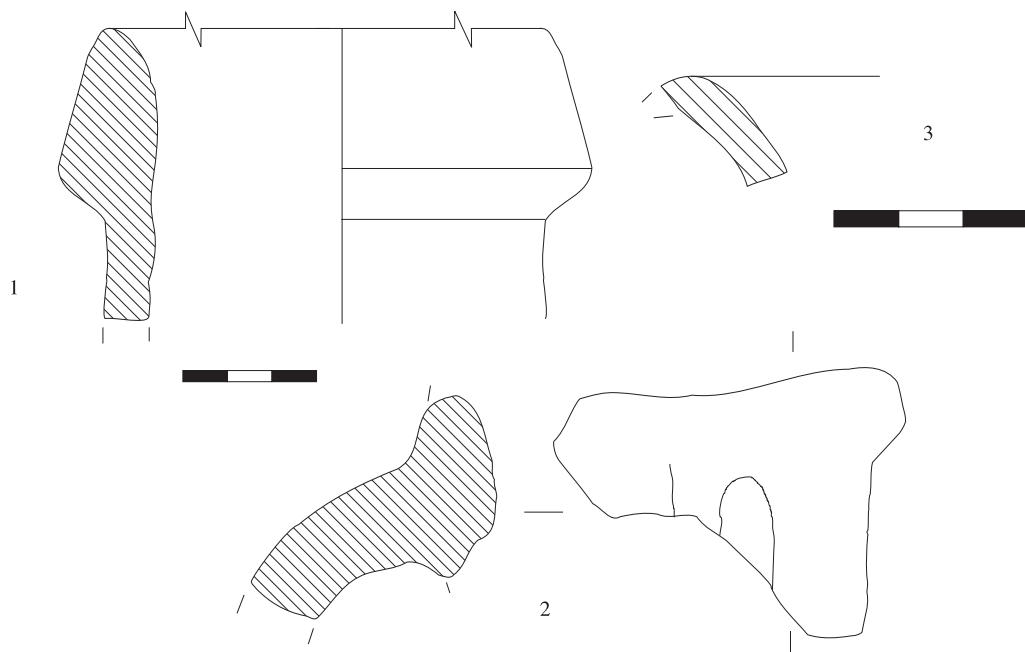
<sup>5</sup> Castillejo de Estena (Cáceres), Castillejo del Guadiloba (Casar de Cáceres), La Muralla del Aguijón de Pan-toja (Trujillo), La Burra (Torrejón el Rubio), Castillejo de Valdecañas (Almaraz), La Dehesilla (Berzocana), etcétera.

intercambios y relaciones comerciales bien definidas en los primeros momentos de la presencia romana en estos territorios. Propios de estos tiempos y de la situación de progresivo control militar del componente itálico, son los tipos anfóricos y la cerámica de barniz negro hallados en las últimas fases de ocupación de una parte importante de los poblados prerromanos de la provincia, incluido éste de Talaván (Fig. 4). Se trata de una media docena de fragmentos de *anforae* vinarias, bordes y asas, con una tipología y cronología muy clarificadoras para valorar una parte de la evolución del yacimiento; comprenden, en concreto, los tipos Dressel 1a y, probablemente, Dressel 1b, y unas fechas entre los siglos II al I a.n.e.

Escapan de esta estadística dos fragmentos de pequeñas vasijas modeladas a mano, cocción oxidante, desgrasantes gruesos y superficies alisadas, mostrando en líneas generales un aspecto descuidado. En cuanto a la forma ambos fragmentos corresponden al pie de dos recipientes diferentes de los que desconocemos el tamaño y el perfil completo.

La presencia de cerámicas realizadas a mano del tipo que se han encontrado en nuestra prospección, muchas veces asociada a las estampilladas con quienes suelen compartir contextos de aparición en los castros de la Segunda Edad del Hierro, está bien atestiguada formando parte del registro arqueológico, sobre todo en los primeros momentos de su ocupación; los recipientes de almacén y las pequeñas vasijas, urnas u ollas, son los más frecuentes. Los dos únicos fragmentos de fondo recogidos recuerdan, por su morfología, a los tipos característicos de contextos célticos o celtizados, ampliamente representados en yacimientos bien conocidos del Suroeste como el de Capote (Berrocal-Rangel, 1992; 1994), Castillejos II (Fernández Corrales, Saucedo Pizarro y Rodríguez Díaz, 1988; Fernández Corrales y Rodríguez Díaz, 1989)

FIGURA 4  
CERÁMICA DE PROCEDENCIA ROMANA (1 Y 2 ÁNFORAS, 3 BARNIZ NEGRO)  
RECOGIDA DEL YACIMIENTO DE QUIEBRACÁNTAROS.





o Garvão (Beirão *et al.*, 1985), entre otros. Más alejados de este núcleo se encuentran presentes en la provincia de Cáceres, concretamente en La Coraja (Esteban Ortega, 1993; Heras Mora, 2000), Villasviejas del Tamuja (Hernández y otras, 1989) y, de nuevo, en una buena parte de los poblados prospectados de la provincia (Martín Bravo, 1999: 231-234).

Además del material cerámico, hemos podido detectar diversos fragmentos de molinos circulares de granito, cuya presencia es de interés por estar íntimamente relacionados con la transformación del cereal, frecuentes en los yacimientos prerromanos excavados en la región. En el área cacereña han sido documentados, en excavación, en La Coraja (Esteban Ortega, 1993: 66) y en el poblado de Villasviejas del Tamuja (Hernández y otras, 1989), donde se han podido asociar a espacios de carácter doméstico; su presencia, en cambio, no puede aportar precisión alguna acerca de su cronología, puesto que este tipo de molinos son frecuentes en asentamientos rurales de época romana, e incluso posteriores.

Poco más se puede adelantar del componente meramente material del yacimiento de Quiebracántaros. Tenemos noticias, como ya se ha avanzado, del hallazgo de una moneda encontrada hace algo más de dos siglos, de la que tan sólo conocemos que en su anverso figuraba una "cara" y en el reverso una *mujer con una palma* (López, 1798, en Barrientos Alfageme, 1991: 405), sin más detalle. A la luz de tan somera descripción, resulta muy complicado vincularla a una etapa histórica concreta, aunque en este caso nos atrevemos a aventurar una cronología romana, donde este tipo de esquemas son frecuentes entre el numerario de bronce imperiales.

### 3. EL CASTILLEJO DE LA TORRECILLA (TALAVÁN, CÁCERES)

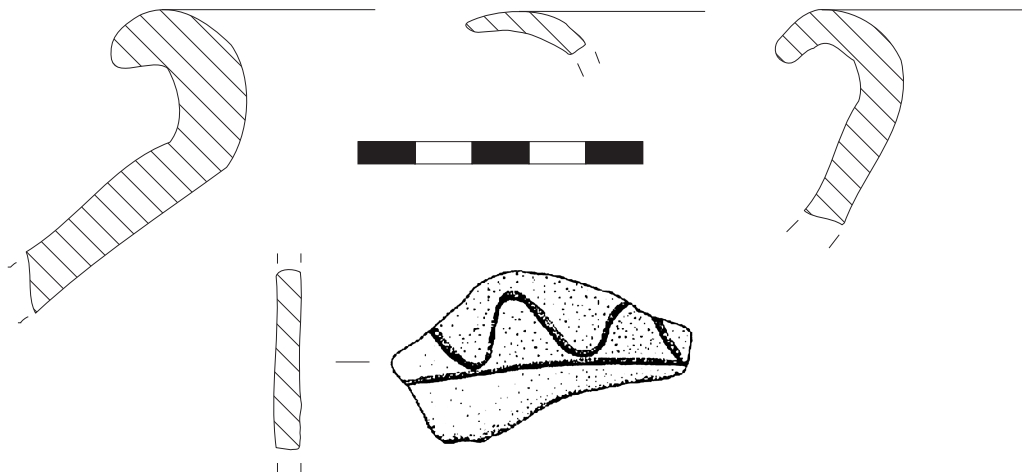
Dejando momentáneamente a un lado la descripción del yacimiento de Quiebracántaros, se debe considerar el hecho de que a unos tres kilómetros al norte, junto a la orilla izquierda del Tajo, aún en el término municipal de Talaván, se localiza el cerro de El Castillejo de la Torrecilla. Al parecer, se trata de un hábitat enclavado en el espigón que conforma el arroyo Mayas con aquel río. Contaría con un significativo sistema defensivo compuesto por al menos 3 líneas de muralla<sup>6</sup> y torreones custodiando los accesos (Martín Bravo, 1999: 168). Los restos materiales recogidos en superficie, escasos y todos ellos cerámicos, consisten básicamente en fragmentos de bordes exvasados, correspondientes a recipientes de almacén y pequeñas ollas o urnas, alguno de ellos con decoración incisa (Martín Bravo, 1999: 168) (Fig. 5). Los tipos materiales, así como las características arquitectónicas evidentes en las prospecciones efectuadas en el lugar remiten sin dificultad al mundo de los denominados *castros de ribero*, propios por otra parte del modo de ocupación en el Hierro Pleno, al menos de la provincia de Cáceres (Ongil Valentín, 1987). Algunas de las cualidades formales del emplazamiento, no ya tanto las artefactuales, lo hacen sensiblemente distinto al lugar de Quiebracántaros, con el que sin embargo comparte con probabilidad una buena parte de su vigencia temporal, haciéndolos de algún modo contemporáneos.

### 4. LOS VILLARES

Además de los dos núcleos anteriores y en relación con el enfoque que hemos querido dar al presente estudio, no se puede pasar por alto la aparición a unos pocos kilómetros de

<sup>6</sup> Los paramentos alcanzan en ocasiones hasta los dos metros de altura conservada (Martín Bravo, 1999: 168).

FIGURA 5  
FRAGMENTOS CERÁMICOS RECUPERADOS DEL YACIMIENTO DEL CASTILLEJO  
DE LA TORRECILLA (TALAVÁN). SEGÚN MARTÍN BRAVO (1999: 168).



Talaván, de lo que parece constituir un importante documento acerca de la romanización de esta área. En 1913, en la finca conocida como Los Villares<sup>7</sup>, fue hallada una interesante inscripción que Fidel Fita recoge en una noticia publicada en 1914 (Fita, 1914), de la cual desconocemos su paradero actual (Lám. II). Consta de dos partes: de un lado la talla de una representación antropomorfa inserta en una pequeña hornacina, que vendría a ocupar aproximadamente las tres cuartas partes de la altura total de la estela; a los pies del relieve se dispone el letrero, en caracteres latinos y en seis líneas, la última muy perdida (Fita, 1914).

MUNIDI EBE / ROBRIGAE / TOUDOPALA / NDAIGAE AM / MAIA BOUTEA EX  
[VOTO P(OSUIT)?]

Á (la diosa) *Munidi* de *Eberobriga*, *Toudopalandaiga*. Este exvoto le puso *Ammaia Boutea* (Fita, 1914: 306).

En la mencionada noticia se realiza un detallado análisis de cada uno de los elementos, apuntando para sus componentes gráficos un origen prerromano, *céltico-lusitano*, tanto para la posible divinidad, *Munidi*, como para la dedicante, *Ammaia Boutea* (Fita, 1914). En una reciente revisión del contenido del epígrafe se matiza sensiblemente la traducción, pasando a entenderse la advocación *Munidi* y el apelativo *Toudopalandaiga* como “a la Ninfa de la Charca del Pueblo” (Villar, 1993-95: 370), aún en los términos de un lenguaje y una religiosidad indoeuropeas. Todo ello, junto con las características morfológicas de la figura antropomorfa, conforma un buen ejemplo de supervivencia de algunos aspectos autóctonos en momentos plenamente romanos. En alguna ocasión se ha apuntado la posibilidad de que este topónimo corresponda a un asentamiento indígena romanizado (Fernández Corrales, 1988: 57); la terminación en *-briga* parece confirmar esta hipótesis, aunque hasta el momento no ha sido posible identificarlo con un lugar concreto.

<sup>7</sup> Parece ser que en el lugar se ubicaba un despoblado y una ermita, San Gregorio, hoy perdida (López, en Barrios Alfageme y Rodríguez Cancho, 1996: 254; Fita, 1914: 304).

LÁMINA II  
INSCRIPCIÓN DE LOS VILLARES (FITA, 1914: 306).



En la búsqueda de argumentos y en relación a la perduración de ideas y conceptos durante época romana, podrían esgrimirse las singulares características morfológicas reconocibles en la inscripción de Los Villares. Cabría destacar la figura humana representada, desprovista de proporción anatómica, con una resolución esquematizada que le confieren un aspecto grotesco. De alguna manera, estas cualidades recuerdan a las esculturas antropomorfas de época prerromana, de cuerpo entero o tan sólo la cabeza, repartidas por la geografía peninsular e incluso europea. Las llamadas cabezas cortadas o *têtes coupés* han constituido uno de los tradicionales elementos de la cultura material “celta”, pero también un recurso iconográfico muy recurrente a lo largo de la historia. En la búsqueda de paralelos, no se puede pasar por alto una inscripción, hoy depositada en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (Blázquez, 1958: Lám. II). La estela funeraria de *Avitianus*, así es como se la conoce, fechada hacia el siglo I d.C., representa el rostro del difunto resuelto con unos rasgos que recuerdan la plástica indígena. Salvando las distancias, pues la estela pacense sólo recoge la cabeza, la resolución esquemática, junto al hecho de que ambas estén insertas en este tipo de piezas, aproxima ambas inscripciones,

que sin dificultad pueden ser entendidas como herederas de una tradición cultural y religiosa prerromana en un contexto de necesario sincretismo ante la dominación de la potencia exterior.

## 5. LA FUENTE DE “LA MADRILA”

Abundando en el aspecto de los paralelos y la estética de la inscripción de los Villares, no podemos pasar por alto la aparición de lo que creemos dos ejemplos más de escultura antropomorfa prerromana, esta vez independientes de cualquier representación epigráfica. Concretamente, en la fuente de La Madrila, ya mencionada con anterioridad a propósito del aprovisionamiento de agua de la población de Talaván, datada a comienzos del siglo xvii (1612) gracias a la inscripción que figura en la misma, y situada al pie del propio promontorio de Quebracántaros, encontramos, a modo de surtidores, sendas máscaras en relieve, talladas en granito (granodiorita) y con rasgos similares a los apuntados tanto para la representación de Los Villares como para un gran número de aquellas cabezas cortadas propias de ese mundo celta o céltico (Lám. III). Insertadas en el muro de la propia fuente, las esculturas (en concreto una de ellas, pues la otra se encuentra gravemente dañada) muestran ciertas similitudes con aquélla; grandes ojos de forma almendrada, nariz y orejas de trazos muy simples, todo ello tratado con un marcado esquematismo. En cuanto a la boca, ésta se encuentra perdida ya que en su lugar se han embutido los caños para la salida del agua del manantial.

Desde el punto de vista del contexto arqueológico, ciertamente es poco lo que se podría aseverar, puesto que carecemos de pruebas fiables que certifiquen su relación con la ocupación prerromana del lugar. Por otro lado, bien es verdad que a la luz de los aspectos de carácter eminentemente estilísticos, evidentes en la comparación de estos ejemplares con los innumerables casos conocidos de cabezas aparecidos sobre todo en torno al cuadrante noroccidental peninsular, vinculados mayoritariamente a hábitats castreños, no sería descartable pensar que se trate efectivamente de una producción de cronología prerromana. En este sentido, la aparición de este tipo de representaciones fuera de aquel marco geográfico no sería algo nuevo, puesto que se han identificado algunos ejemplos como los de Oliva de la Frontera (Berrocal-Rangel, 1992: 315), éstos de bulto redondo, Salamanca (Blázquez, 1962), Plasencia (Sayans Castaños, 1964) o la Vera cacereña (Abad Casal y Mora Rodríguez, 1979), sin contar con aquellos casos que como en la estela del Museo de Badajoz o la de Los Villares de Talaván, se encuentran formando parte de inscripciones latinas. En cambio, los ejemplos más numerosos y representativos de estos tipos escultóricos se encuentran, como se ha dicho, en el noroeste, como las cabezas de Cibda de Armea (Blázquez, 1958), con las que las nuestras mantienen llamativas semejanzas que van más allá de la forma de ojos, nariz u orejas, compartiendo incluso el hecho de que en ambos casos se hallen talladas en una de las caras de un bloque, con probabilidad concebidas para formar parte del frente de un paramento o estructura mayor en la que estuvieran embutidas. Este último interrogante difícilmente encuentra respuesta en tanto que en la mayor parte de los casos estas cabezas se han localizado fuera de contexto o, cuanto menos, éste no se conoce con exactitud. Una dificultad similar resulta en la búsqueda de su función o significado; al respecto se ha apuntado la posibilidad de que estuvieran relacionados con ciertas costumbres de carácter apotropaico, mencionadas ya en los textos clásicos a propósito de algunos rituales de los pueblos “celtas” que habitaban el territorio que anexionaría el Imperio Romano. Elementos decorativos o simbólicos, con sentido protector, funerario o

LÁMINA III  
ESCULTURA ANTROPOMORFA REAPROVECHADA EN LA FUENTE  
DE LA MADRILA, A LOS PIES DEL YACIMIENTO DE QUIEBRACÁNTAROS.



religioso, lo cierto es que estas representaciones han sido tradicionalmente utilizadas como prueba de la celticidad de los pueblos del centro y noroeste (Jacobsthal, 1944). A pesar de esto último en el este y sur peninsular, algunos tipos remiten del mismo modo a los modelos laténicos, aunque éstas manifestaciones procedan del sur francés (Benoit, 1949); quizás aquí deban incluirse los casos de la muralla de Tarragona, una vez más, como en otras ocasiones halladas formando un grupo, en concreto una pareja, ya sea el ejemplo de Candelario (Muñoz, 1953), Paradela (Blázquez, 1958), Yecla (Blázquez, 1962), Cibda de Armea (Blázquez, 1958: 47-48), el Castillejo de Oliva (Berrocal-Rangel, 1992: 315) o ahora las de Talaván.

## 6. CONSIDERACIONES FINALES

La Romanización sigue siendo asignatura pendiente en la investigación del mundo antiguo; sus pormenores son aún difíciles de aprehender, distintos en unas regiones y otras, diferentes a lo largo de su desarrollo, sujetos a aspectos de tipo político, económico, social y cultural, por parte tanto de la metrópolis como de las poblaciones indígenas. Al margen ya de cuestiones terminológicas, pues muchas veces es complicado un acuerdo respecto a los inicios o la conclusión, e incluso su propio calado, lo cierto es que la Romanización va a suponer un importante cambio a todos los niveles de la vida de aquellas comunidades sobre las que se impusieron una administración, un esquema social, un sistema económico, una cultura, una religiosidad y, con ello, una nueva forma de entender el entorno bien distintos.

Las transformaciones que registra el método arqueológico son tan sólo una parte; otras quedan únicamente en manos del estudio e interpretación de las fuentes escritas de época clásica. Quizás uno de los elementos más evidentes al alcance del análisis material sea la modificación sustancial del paisaje. El abandono a corto o medio plazo de los poblados prerromanos a favor de unos núcleos urbanos erigidos conforme a los criterios constructivos y pautas administrativas, sociales y culturales puramente romanos, constituye una de las pruebas más determinantes del cambio gestado a partir la llegada de Roma a estos territorios del oeste.

La relocación de las poblaciones no vino sola. Los cambios económicos producidos a raíz de los nuevos sistemas de explotación de los recursos, sobre todo en el ámbito de la agricultura, dibujaron un mapa muy distinto del territorio (Cerrillo *et al.*, 1990: 55); desde las ciudades se administraban unas explotaciones agropecuarias diseñadas en virtud de racionales repartos de tierras y sujetos a modificaciones importantes en su tamaño a lo largo de los siglos siguientes.

El esquema que encontramos en Talaván pudiera ser un ejemplo del que tratamos de definir: de un lado, al menos dos poblaciones prerromanas abandonadas como muy tarde hacia el cambio de Era, a decir de los materiales hallados y la ausencia de elementos posteriores<sup>8</sup>, y del otro, un asentamiento en llano, de ascendencia romana (Los Villares), probablemente de carácter rural aunque desconocemos su verdadera entidad física o jurídica. Es evidente, a la luz de la información disponible hasta el momento, la existencia de una clara inflexión en la evolución del comportamiento territorial, pues no se puede hablar de continuidad pero tampoco de ruptura o de sustitución tajante de unos hábitats por otros, igual que es imposible defender el final de una sociedad como la prerromana, al menos desde el primer momento, sí quizás tras un largo proceso de aculturación que ni fue lineal ni homogéneo a lo largo de los siglos siguientes. Prueba de todo ello es que algunos de los aspectos más arraigados se mantuvieron vigentes en pleno Imperio Romano; esto ocurre con costumbres, ritos y creencias, patentes muchos de ellos en el mantenimiento de lugares sagrados o de culto<sup>9</sup> y de teónimos del que seguramente en la inscripción de Talaván poseemos un ejemplo (*¿Munidi?*). No se pierde, en definitiva, la memoria de un pasado distinto, diferente social y culturalmente al romano, del que conservan unos rasgos diferenciales en sus nombres, sus dioses o sus ciudades de origen.

<sup>8</sup> No se han localizado, a pesar de la intensidad con que se ha prospectado la superficie del cerro de Quebracántaros, resto alguno de cerámicas que superen el siglo I a.C., como pudieran ser la *terra sigillata*, de "paredes finas", etc. La moneda de cuya aparición tenemos constancia a través de la recopilación de T. López no nos ofrece la suficiente garantía dadas las circunstancias del hallazgo o la somera descripción que de ella poseemos.

<sup>9</sup> En ocasiones se ha constatado la perduración de santuarios en antiguos poblados indígenas arruinados, manteniéndose en todo caso el valor simbólico de estos lugares (Berrocal-Rangel, 1989-90: 117), si bien la mejor denominación para muchos de ellos es la de santuarios indígenas romanizados.

El yacimiento de Quebracántaros podría suponer, siempre con las limitaciones impuestas por la propia naturaleza de los datos, un hábitat fortificado, ocupado muy probablemente a partir del siglo IV a.n.e. y que sobrevivió a los primeros envites de la presencia romana. A pesar de ello, como ocurre en una parte importante de los yacimientos prerromanos, que alcanzaron de una forma u otra el cambio de Era o sus postrimerías, las relaciones comerciales marcan el principio de un control territorial y económico que irremisiblemente acabará desplazando, hasta su sustitución, los fundamentos de la sociedad indígena. Se producirá, entonces, un cambio en el trazado viario (Cerrillo *et al.*, e.p.), los circuitos y centros de origen de muchos de los productos, incorporándose a la cultura material indígena bienes de prestigio, como las cerámicas de barniz negro o elementos vinculados al mercado a media o gran escala (las *anforae* por ejemplo).

Las plazas fuertes erigidas de acuerdo con la necesidad de hacer efectivo y duradero el control sobre los territorios sometidos (Sayas Abengoechea, 1993), como es el caso del campamento de Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984), el importante número de fortines (Alonso Sánchez, 1988), torres o los llamados recintos fortificados (Moret, 1990; Ortiz y Rodríguez, 1998), dieron paso a la fundación de los primeros centros urbanos, primero *Norba Caesarina* y después la importante colonia de *Emerita Augusta*, que acabarían por atraerse para sí la población que había estado asentada en los castros (Sayas Abengoechea, 1985; Cerrillo *et al.*, 1990: 55; Hernández Hernández, 1993a; 1993b; Martín Bravo, 1999: 266-270; Alonso Sánchez y Fernández Corrales, 2000: 87). Éste parece haber sido el destino de ambos poblados prerromanos de Talaván, pero también, y continuando en el mismo entorno espacial, del Castillejo del Casar de Cáceres asentado en el próximo Arroyo del Guadiloba, la Muralla del Agujón de Pantoja (Trujillo, Cáceres), el Castillejo de Santiago del Campo o El Castrejón de Santa Ana (Monroy).

La evolución que encontramos aquí debió de ser, con las debidas matizaciones, común a la mayor parte de los territorios comprendidos en la actual provincia de Cáceres; los emplazamientos prerromanos reconocidos, por lo general, no conocen una pervivencia después del siglo I a.n.e., y cuando esto sucede el asentamiento humano suele corresponder a una ocupación, si no efímera, sí poco contundente o extendida, prácticamente en virtud de algunos fragmentos de *tegulae*, *terra sigillata* o material numismático (Fernández Corrales, 1988: 266) encontrados en sectores muy concretos, ya sea en excavación o en reconocimientos superficiales.

En todo este decurso histórico, el excepcional documento de la *Deditio* de Alcántara (López Melero *et al.*, 1984; García Moreno, 1987) viene a reforzar estas conclusiones, pues del texto se desprende que, una vez capitulada la comunidad indígena, se permite el mantenimiento de la propiedad y de los esquemas sociales anteriores. Ello explicaría, en cierto modo, la pervivencia de su ocupación durante unos años más (López Melero *et al.*, 1984: 311), esto al menos hasta las posteriores acciones militares romanas que, si no significaron su definitivo abandono, sí al menos un determinante revés.

El sitio de Los Villares dentro de nuestro esquema significaría el producto de la plena implantación de los sistemas romanos, con probabilidad una unidad de habitación para la explotación del suelo en el medio rural o un núcleo de poca entidad pero, de todas formas con un emplazamiento en llano que obedece a unos planteamientos definitivamente distintos a lo anterior.

En conclusión, hemos de admitir que el conocimiento que se tiene acerca del complejo proceso de Romanización aún no es definitivo, en tanto que la investigación no disponga de una visión notablemente más exacta de la realidad arqueológica de estos momentos. La prospección para valorar en su justa medida los paisajes no puede ni debe prescindir de la excavación en el afán de comprender la evolución de los asentamientos desde una perspectiva histórica.

Sin duda, la ocupación del territorio, el panorama físico de la romanización o la articulación del poblamiento en torno al cambio de Era, es más complejo que el mero establecimiento de unas pautas de asentamiento; los criterios que concursan son múltiples y en muchos casos se nos escapan. El presente estudio no deja de ser una sencilla reflexión en relación a algunos de los aspectos que concursan en los cambios gestados ahora, desencadenados algunos con la ocupación romana, otros ya iniciados tiempo atrás. Es bien cierto en cambio, que el comienzo de los procesos y acontecimientos o la conclusión de las transformaciones que aquí se han tratado, no es algo generalizado en todo el territorio; más bien todo lo contrario, el curso de la romanización tuvo que ser distinto para unas regiones y otras, sujeto a marcados caracteres comarcales que condicionarían los tiempos e incluso el calado de la implantación de los nuevos esquemas culturales. El caso de Talaván ha de ser entendido como eso, un caso, quizás también como un ejemplo de complejidad, disparidad y variabilidad regionales, y no como un modelo generalizado, extrapolable al resto del territorio peninsular, donde se ha comprobado repetidamente las diferencias existentes según intereses económicos, grados de desarrollo urbano o de complejidad social, según pueblos o etnias, pero ni tan siquiera idéntico a las áreas vecinas o próximas de la propia Lusitania.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. Y MORA RODRÍGUEZ, M. G.  
(1979): “Una nueva *cabeza cortada* en Extremadura”, *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, pp. 21-30.
- ALMAGRO GORBEA, M. Y MARTÍN BRAVO, A.  
(1994): “Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo”, en Almagro-Gorbea y Martín Bravo (eds.): “Castros y *oppida* en Extremadura”, *Complutum Extra*, 4, pp. 77-127.
- ALONSO SÁNCHEZ, A.  
(1988): *Fortificaciones romanas en Extremadura: La defensa del territorio*, Cáceres.
- ALONSO SÁNCHEZ, A. Y FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.  
(2000): “El proceso de romanización de la Lusitania Oriental: la creación de asentamientos militares”, *Actas de la IV Mesa Internacional. Sociedad y cultura en Lusitania romana*, Mérida, pp. 83-100.
- ARNAUD J. M. Y GAMITO, T. J.  
(1974-77): «Cerâmicas estampilhadas da Idade do Ferro do sul de Portugal. I Cabeça de Vaia-monte-Monforte», *O Arqueólogo Português*, III, VII-IX, pp. 165-202.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G.  
(1991): *La provincia de Extremadura al final del S. XVIII (Descripciones recogidas por Tomás López)*, Asamblea de Extremadura, Mérida.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G. Y RODRÍGUEZ CANCHO, M. (EDS.)  
(1996): *Interrogatorio de la Real Audiencia. Partido de Cáceres. Extremadura a finales de los tiempos modernos*. Asamblea de Extremadura.
- BEIRÃO DE MELLO; TAVARES DA SILVA, C.; SOARES, J.; VARELA GOMES, M. Y VARELA GOMES, R.  
(1985): “Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvão. Notícia da primeira campanha de escavações”, *O Arqueólogo Português*, Serie IV, 3, pp. 45-136.



BENOIT, F.

(1949): “La estatuaria provenzal en sus relaciones con la estatuaria ibérica en época prerromana”, *Archivo Español de Arqueología*, 75, pp. 81 y ss.

BERROCAL-RANGEL, L.

(1992): “Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica”, *Complutum Extra*, 2, Madrid.

(1994): “El *oppidum* de Badajoz”, *Complutum Extra*, 4, Madrid, pp. 144-187.

BLÁZQUEZ, J. M.

(1958): “Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica”, *Latomus*, XIX, pp. 27-48.

(1962): “Cabezas célticas inéditas del castro de Yecla, Salamanca”, *VII Congreso Nacional de Arqueología. Barcelona, 1960*, Zaragoza, pp. 217-226.

BUENO RAMÍREZ, P.; MUNICIO, L.; ALVARADO, M. DE Y GONZÁLEZ, A.

(1988): “El yacimiento de El Jardinero (Valencia de Alcántara. Cáceres)”, *Extremadura Arqueológica*, I, Mérida, pp. 89-102.

CABELLO CAJA, R.

(1991-92): “La cerámica pintada de la II Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo”, *Norba*, 11-12, Cáceres, pp. 99-128.

CALDERÓN FRAILE, N.

(2001): *Ánforas romanas en Extremadura*, Trabajo de investigación inédito, Área de Arqueología, Dpto. de Historia, Universidad de Extremadura.

CERRILLO CUENCA, E.; HERAS MORA, F. J.; CÁCERES CAMPÓN, V. M. Y SÁNCHEZ BARBA, M. E.

(e.p.): “La desestructuración de los territorios prerromanos: una propuesta comparativa del trazado viario”, *Actas de la V Mesa Redonda Internacional sobre la Lusitania Romana: Las Comunicaciones; Cáceres, 7, 8 y 9 de noviembre de 2002*.

CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E.; FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.<sup>a</sup> Y HERRERA GARCÍA DE LA SANTA, G.

(1990): “Ciudades, territorios y vías de comunicación en la Lusitania meridional española”, *Les villes de la Lusitanie romaine*, París, pp. 51-72.

CUADRADO DÍAZ, E.

(1987): *La necrópolis ibérica de “El Cigarralejo” (Mula, Murcia)*, B.P.H., XXIII, Madrid.

DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M. C. Y GARCÍA BLANCO, J.

(1991): “‘La Tabla de las Cañas’ (Capilla, Badajoz). ‘Apuntes preliminares’”, *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 235-245.

ESCACENA CARRASCO, J. L.

(1986): *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*, Tesis Doctoral microfilmada, Sevilla.

ESTEBAN ORTEGA, J. Y SALAS MARTÍN, J.

(1988): “1.<sup>a</sup> Campaña de excavaciones en el Castro de ‘El Castillejo’ de Santiago del Campo (Cáceres)”, *Extremadura Arqueológica*, I, Mérida, pp. 129-142.

(1993): “El poblado y la necrópolis de ‘La Coraja’, Aldeacentenera, Cáceres”, *El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana*, Cuadernos Emeritenses, 7, Mérida, pp. 55-112.

FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.

(1988): *El asentamiento romano en Extremadura y su análisis espacial*, Cáceres.

- FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.; SAUCEDA PIZARRO, M. I. Y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.  
(1988): “Los poblados calcolítico y prerromano de ‘Los Castillejos’ (Fuente de Cantos, Badajoz)”, *Extremadura Arqueológica*, I, Mérida, pp. 69-88.
- FITA, F.  
(1914): “Nuevas inscripciones romana y visigótica de Talaván y Mérida”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo LXIV, Madrid, pp. 304-313.
- FRANCISCO MARTÍN, J. DE  
(1996): *Conquista y romanización de Lusitania*.
- GARCÍA MORENO, L. A.  
(1987): “Reflexiones de un historiador sobre el bronce de Alcántara”, *Hispani Tumultuantes: de Numancia a Sertorio*, Memorias del Seminario de Historia Antigua, I, Alcalá de Henares, pp. 67-79.
- HERAS MORA, F. J.  
(2000): *Estudio Arqueológico de las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la provincia de Cáceres*, Trabajo de investigación inédito, Área de Arqueología, Dpto. de Historia, Universidad de Extremadura.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ LÓPEZ, M. D. Y SÁNCHEZ SÁNCHEZ, M. A.  
(1989): *Excavaciones en el Castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*, Mérida.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.  
(1993a): “La Necrópolis de El Romazal”, *Homenaje a J. M. Blázquez*, Madrid, pp. 257-270.  
(1993b): “El yacimiento de Villasviejas y el proceso de Romanización”, *El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana*, Cuadernos Emeritenses, 7, Mérida, pp. 373-383.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. Y GALÁN DOMINGO, E.  
(1996): *La Necrópolis de “El Mercadillo” (Botija, Cáceres)*, Extremadura Arqueológica, VI, Mérida.
- JACOBSTHAL, P.  
(1944): *Early Celtic Art*, Oxford.
- LÓPEZ, T.  
(1798): “Extremadura”, en Barrientos Alfageme, G. (1991): *La provincia de Extremadura al final del s. XVIII (Descripciones recogidas por Tomás López)*, Asamblea de Extremadura, Mérida.
- LÓPEZ MELERO, R., SÁNCHEZ ABAL, J. L. Y GARCÍA JIMÉNEZ, S.  
(1984): “El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a.C.”, *Gerión*, 2, Madrid, pp. 265-323.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G.  
(1987): “Las cabezas cortadas en la Península Ibérica”, *Gerión*, 5, Madrid, pp. 245-252.
- MARTÍN BRAVO, A. M.  
(1999): *Los orígenes de Lusitania. El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 2, Madrid.
- MORET, P.  
(1990): “Fortins, ‘Tours d’Hannibal’ et fermes fortifiées dans le monde iberique”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXVI, 1, Madrid, pp. 5-43.

MUÑOZ, J.

(1953): “El Jano de Candelario”, *Zephyrus*, IV, Salamanca, pp. 69 y ss.

ONGIL VALENTÍN, M. I.

(1987): “Los poblados de ribero. Análisis territorial”, *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, pp. 321-328.

(1988): “Excavaciones en el poblado prerromano de Villavieja del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres). 1.ª Campaña”, *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 103-108.

(1991): “Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres). El poblado (1985-1990)”, I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990), *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 247-253.

ORTIZ ROMERO, P. Y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(1998): “Culturas indígenas y romanización en Extremadura: Castros, oppida y recintos ciclópeos”, *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, economía y poblamiento*, Cáceres, pp. 247-278.

PELLICER CATALÁN, M.; ESCACENA CARRASCO, J. L. Y BENDALA GALÁN, M.

(1983): *El Cerro Macareno*, Excavaciones Arqueológicas en España, 124, Madrid.

PEREIRA SIESO, J.

(1988): “La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación”, *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp. 143-173.

REDONDO RODRÍGUEZ, J. A.; ESTEBAN ORTEGA, J. Y SALAS MARTÍN, J.

(1991): “El Castro de la Coraja de Aldeacentenera, Cáceres”, *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 269-282.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(1991): *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña 1987*, Mérida.

(1991): “‘Proyecto Hornachuelos: 1986-1990’ (Ribera del Fresno, Badajoz)”, *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 283-300.

SALINAS DE FRÍAS, M.

(1981): “Problemas de la romanización en la meseta: los Vetones”, *Helmantica*, XXXII, Salamanca, pp. 215-226.

SALINAS DE FRÍAS, M. Y RODRÍGUEZ CORTÉS, J.

(2000): “Substrato y romanización de las antiguas oligarquías locales de la provincia romana de Lusitania”, *Actas de la IV Mesa Redonda Internacional. Sociedad y cultura en Lusitania romana*, Mérida, pp. 17-33.

SAYANS CASTAÑOS, M.

(1964): “Dos cabezas célticas y una romana de Plasencia (Cáceres)”, *VIII Congreso Nacional de Arqueología. Sevilla-Málaga, 1963*, Zaragoza, pp. 265-271.

SAYAS ABENGOECHEA, J. J.

(1985): “El caso de Norba Caesarina y sus contributa Castra Caecilia y Castra Caecilia”, *Melanges de la Casa de Velázquez*, XXI, París, pp. 61-75.

(1993): “Algunas consideraciones sobre cuestiones relacionadas con la conquista y romanización de las tierras extremeñas”, *El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana*, Cuadernos Emeritenses, 7, Mérida, pp. 189-233.

VAQUERIZO GIL, D.

(1988-89): "Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica procedente de las necrópolis de Almedinilla, Córdoba", *Lucentum*, VII-VIII, pp. 103-132.

VILLAR, F.

(1993-95): "Un elemento de la religiosidad indoeuropea: Trebarune, Toudopalandaigae, Trebopala, Pales, Vispála", *Kalathos*, 13-14, Teruel, pp. 355-388.